

# Los derechos humanos LGBT en la era de los Derechos Humanos

por Ryan R. Thoreson

*Una nota sobre esta pieza*<sup>1\*</sup>

## Introducción

Activistas LGBT alrededor del mundo a menudo han enmarcado las demandas de trato igualitario, acceso a bienes y servicios, y una transformación social más amplia como cuestiones de “derechos humanos LGBT”. Estos marcos han ganado cada vez más legitimidad y tracción significativa entre muchos organismos gubernamentales e intergubernamentales, aunque sin duda no todos. El 10 de diciembre de 2010, el Secretario General de las Naciones Unidas, Ban Ki-moon, hizo historia al expresar su apoyo a los derechos LGBT en un evento por el Día de los Derechos Humanos<sup>2</sup>. Tan solo unos meses después, una declaración que reconocía los derechos LGBT como derechos humanos obtuvo el apoyo sin precedente de 85 estados en las Naciones Unidas<sup>3</sup>, poco después, el Consejo de Derechos Humanos de la ONU aprobó su primera resolución en la que expresaba su preocupación por violaciones basadas en la orientación sexual o la identidad de género<sup>4</sup>. Cada vez resulta menos controversial afirmar, como lo declaró la Secretaria de Estado de los Estados Unidos, Hillary Clinton, un año después del discurso del Secretario General, que “los derechos gay son derechos humanos, y los derechos humanos son derechos gay”<sup>5</sup>.

Sin embargo, los derechos humanos no son ideológicamente neutrales, y es debatible si un marco de derechos humanos es el medio más productivo para el fin de lograr justicia social. Los críticos progresistas advierten que los marcos de derechos humanos son imperfectos y parciales, pues son específicos cultural y políticamente; no logran abordar un rango de necesidades y deseos humanos que no se reconocen fácilmente como derechos; legitiman las demandas de algunas poblaciones mientras ignoran o deslegitiman las de otras; promueven comprensiones rígidas sobre categorías sociales que de hecho son dinámicas y heterogéneas; y favorecen enfoques técnicos, legalistas y a menudo punitivos a problemas complejos que están arraigados social y estructuralmente. Estas advertencias se basan en una larga tradición de pensamiento que es escéptico

---

\* Este artículo ha sido traducido al español por la RED ALAS con autorización del autor y de *S & F Online*, una revista virtual del *Barnard Center for Research on Women*. La versión en inglés está disponible en: Ryan R. Thoreson. “LGBT Human Rights in the Age of Human Rights.” “Thinking Queer Activism Transnationally” Guest Editors Gema Pérez Sánchez and Brenna Munro. *Scholar and Feminist Online* 2, no. 14 (2017). <http://sfonline.barnard.edu/thinking-queer-activism-transnationally/lgbt-human-rights-in-the-age-of-human-rights/>.

del potencial de los marcos de derechos humanos para expandir significativamente el horizonte de posibilidades de los más marginalizados.

Las críticas a los derechos humanos a menudo se enfocan en las maneras en las que estos derechos han sido articulados por los gobiernos y por organismos intergubernamentales, y han sido impulsados por las ONG generalistas de derechos humanos que buscan hacerlos inviolables. Sin embargo, cuando los activistas hablan sobre derechos humanos LGBT, no necesariamente están hablando en el mismo registro. Históricamente, los activistas LGBT transnacionales que han buscado ingresar a la esfera de los derechos humanos no se han casado firmemente con las comprensiones formalistas sobre los derechos que los críticos asocian con la corriente principal de defensa de los derechos humanos <sup>6</sup>. Sus análisis, por el contrario, han estado informados por organizaciones feministas y *queer*, los diversos movimientos de justicia social con los que se han involucrado, y las necesidades percibidas de los individuos con quienes trabajan. Han traducido las preocupaciones vitales de las personas LGBT a un lenguaje que los legisladores pueden entender y, debido en parte a su exclusión histórica de las ONG y los foros de derechos humanos, su defensa ha expandido deliberadamente las fronteras del proyecto de los derechos humanos de formas innovadoras. Sin embargo, sigue siendo una pregunta abierta si los activistas LGBT transnacionales gozarán de la misma latitud a medida que los gobiernos y los organismos intergubernamentales reconozcan formalmente los derechos LGBT y los codifiquen como derechos humanos.

En este ensayo, exploro el rol complejo y en evolución de los marcos de derechos humanos en términos de la defensa LGBT transnacional. Empiezo considerando las críticas a los derechos humanos y las formas en las que las comprensiones amplias sobre las demandas de derechos siguen siendo sostenibles o no de cara al reconocimiento institucional. Luego, observo las apelaciones tempranas a los derechos humanos dentro de movimientos LGBT y la comprensión flexible sobre los derechos humanos impulsada por activistas de varias ONG LGBT transnacionales. Por último, me enfoco en las tres formas en las que una preocupación activista por los derechos LGBT podría circunscribir las reclamaciones y enfoques empleados en la defensa LGBT transnacional, e insto a los defensores a conservar una visión de la justicia sexual que vaya más allá del marco de derechos humanos y que preserve la amplitud, flexibilidad y solidaridad que los movimientos *queer* han encarnado con tanta frecuencia.

## **I. Críticas a los derechos humanos**

El marco de derechos humanos ha sido atractivo para los activistas LGBT en parte debido a que se ha convertido en un discurso hegemónico para presentar y comprender las reclamaciones con respecto a la justicia. Sin embargo, como lo han advertido varios críticos que escriben tanto desde perspectivas generalistas como desde perspectivas *queer*, este marco no es ideológicamente neutro<sup>7</sup>. En su

forma más convencional, el discurso sobre los derechos humanos está saturado de cargas históricas y políticas que pueden plantear riesgos muy reales para los movimientos que buscan fines transformativos o liberadores. Antes de considerar cómo los movimientos LGBT han apelado a los derechos humanos, y cómo la institucionalización podría restringir los aspectos más innovadores del activismo, resulta provechoso primero identificar y discutir algunas de las críticas más populares a los derechos humanos como proyecto legal y político.

Quizás la crítica más general de los derechos humanos se enfoca en su legalismo inherente y en su enfoque subyacente en tipos particulares de derechos. Esta crítica toma varias formas. Quizás la más obvia es que convencionalmente se entiende que los derechos humanos funcionan como reclamaciones en contra del estado. El enfoque en el aparato estatal de este marco amenaza con normalizar, por no decir invisibilizar, las violaciones que ocurren a manos de actores no estatales. Para las comunidades marginalizadas que se encuentran en riesgo debido a actores no estatales de diferentes tipos –bien sean sindicatos criminales, corporaciones multinacionales, o miembros de su propia familia– los derechos humanos pueden ofrecer muy poco en términos de rendición de cuentas y reparación. En el mejor de los casos, los derechos humanos pueden proporcionar un lenguaje para demandar que el estado monitoree y ponga fin a los patrones persistentes de violaciones a los derechos por parte de actores no estatales. Pero cuando el aparato estatal es débil, y no tiene ni los recursos ni el personal suficiente, convencerlo de redoblar su compromiso con los derechos humanos quizás no logre mucho en la práctica. Y cuando los movimientos están limitados en cuanto a tiempo, energía y recursos, un enfoque que se concentra demasiado en el estado puede desviar la atención y la energía de otras formas de persuasión, negociación y movilización no estatal que podrían generar cambios significativos.

Una preocupación similar es que los derechos humanos por lo general se presentan como derechos individuales, lo que también puede aislar las reclamaciones y socavar los movimientos sociales de sus compromisos colectivos y solidarios. Como lo ha sugerido David Kennedy, “[e]l enfoque en identidades con derechos discretas e insulares mitiga la consciencia sobre la diversidad, sobre la continuidad de la experiencia humana, sobre las identidades superpuestas”<sup>8</sup>. Al especificar las reclamaciones que los individuos pueden –y no pueden– presentar contra el estado mediante canales jurídicos, la defensa de los derechos humanos reconoce a algunas reclamaciones, a algunas avenidas de reparación y a algunos titulares de derechos –pero no a otros– como legítimos. Esto amenaza con socavar el rol crucial que tienen los movimientos sociales participativos tienen a la hora de fomentar la movilización masiva por agravios generalizados, lo que puede tener consecuencias fatales para la interseccionalidad y la solidaridad inter o intra-movimiento.

Las preocupaciones por la naturaleza estatista e individualista de los derechos humanos son particularmente agudas puesto que los derechos humanos, al fundamentarse en el registro de la ley, definen el campo de las reclamaciones legítimas y deslegitiman implícitamente los enfoques alternativos al cambio social y político. Como lo han señalado John y Jean Comaroff, la ley y la legalidad se han convertido en un discurso hegemónico para confrontar problemas intratables; en muchos contextos, la “guerra jurídica” es la respuesta instintiva ante problemas que se podrían solucionar de mejor manera mediante la protesta popular, la movilización de la comunidad, la deliberación democrática, o esfuerzos estatales concertados<sup>9</sup>. A medida que los derechos humanos han alcanzado un estatus dominante en las campañas globales por la justicia, “otros vocabularios perdidos que son igualmente globales –vocabularios de deber, de responsabilidad y de compromiso colectivo” – a menudo se han desvanecido de la vista como alternativas legítimas y a veces más estratégicas<sup>10</sup>. La relación entre los derechos humanos y la justicia social es particularmente preocupante para muchos críticos, pues el árbitro supuestamente neutral de la ley se convierte en la avenida preferida para el cambio a expensas de enfoques más estructurales o políticamente transformadores<sup>11</sup>.

Una segunda crítica a los derechos humanos responde a la pretensión de universalidad, que abarca tanto los orígenes históricamente específicos de los derechos humanos como la suposición de que un modelo de derechos informado por aquellos orígenes resulta más legítimo que otros. Un blanco frecuente de esta crítica es la enorme influencia de tradiciones y actores euroamericanos en el campo de los derechos humanos, y la acusación de que estos privilegian sistemáticamente los derechos civiles y políticos por encima de los derechos económicos, sociales y culturales, o los derechos a la autodeterminación, al desarrollo o a un medio ambiente limpio. En respuesta, varios académicos han buscado fundamentar los derechos humanos de manera más firme en diversas tradiciones de justicia, igualdad y dignidad a nivel transnacional<sup>12</sup>. Sin embargo, en la práctica, los derechos humanos a menudo reflejan sesgos culturalmente específicos hacia epistemologías y derechos particulares; por ejemplo, una preocupación por los derechos negativos y una relativa indiferencia frente a los derechos positivos como la alimentación, la asistencia médica, la vivienda, la educación o el trabajo. Si bien sigue siendo central la idea de que todas las personas, en virtud de su humanidad, comparten los derechos humanos, debates robustos sobre los apuntalamientos filosóficos y políticos de los derechos humanos continúan dándose en la academia y en foros supranacionales.

Una tercera crítica de los derechos humanos cuestiona el énfasis formal en la indivisibilidad presente en el discurso de los derechos humanos, y resalta que los derechos humanos son una gama amplia y dispar de reclamaciones, y que muchos se encuentran en tensión el uno con el otro. La afirmación de un gobierno de que respeta los derechos humanos en realidad nos dice muy poco

sobre sus compromisos políticos específicos<sup>13</sup>. Cuando los derechos entran en tensión entre sí, o son de cierta manera indeterminados, los gobiernos han ejercido una autoridad considerable para aplicar sus propias interpretaciones. Consideremos, por ejemplo, cómo los gobiernos han privilegiado interpretaciones particulares de los derechos de los niños y de libertad religiosa por encima de la libertad de expresión y la libertad de reunión para personas LGBT, o cómo los gobiernos han justificado enfoques divergentes e incluso contradictorios al trabajo sexual apelando a los mismos derechos de igualdad, salud y dignidad.

Sin embargo, estas consideraciones asumen una mayor o menor urgencia dependiendo de lo que los activistas hagan con las reclamaciones que ejercen, dentro y fuera del marco de los derechos humanos. Los activistas de varios movimientos basados en identidad o intereses –entre ellos los derechos de las mujeres, los derechos de los niños, los derechos de discapacidad, los derechos indígenas, los derechos ambientales y los derechos de los animales– emplean la terminología de los derechos humanos de maneras flexibles y creativas, a menudo en tándem con su trabajo por fuera de la esfera de los derechos humanos<sup>14</sup>. En efecto, como lo han observado los antropólogos en una variedad de contextos, los derechos humanos no se entienden solo, ni incluso principalmente, como los derechos técnicos y accionables legalmente que se encuentran consagrados en los acuerdos internacionales<sup>15</sup>. Son reclamaciones generales sobre justicia, formadas e impulsadas por comunidades que adoptan la retórica de los derechos humanos como un discurso de acceso, igualdad y rendición de cuentas frente al estado.

Los críticos de los derechos humanos están conscientes de la existencia de estas concepciones populares. Al igual que los antropólogos, reconocen que la defensa de los derechos humanos ha sobrepasado las restricciones de los tratados y convenciones para alimentar a movimientos sociales alrededor del mundo. Por lo tanto, reconociendo esta característica de la defensa de los derechos humanos, Stephen Hopgood realiza una distinción útil entre lo que él llama “Derechos Humanos” y “derechos humanos” :

Existe una profunda divergencia entre el concepto de derechos humanos compartido por las élites, que en su mayoría hasta ahora se ha situado en Occidente (lo que podríamos llamar Derechos Humanos), y lo que estos derechos significan para la vasta mayoría de la población mundial (lo que podríamos llamar derechos humanos). Los Derechos Humanos son una ideología centrada en Nueva York, Ginebra y Londres, enfocada en el derecho internacional, la justicia penal e instituciones de gobernanza global. Los Derechos Humanos son producto del 1%. El resto del mundo, el 99%, considera el activismo de derechos humanos como uno de muchos mecanismos que pueden generar cambio social significativo. Por naturaleza, los derechos humanos con minúscula son maleables, adaptables, pragmáticos y diversos, son normas democráticas que

surgen de abajo hacia arriba, en lugar de ser reglas autoritarias que se imponen de arriba hacia abajo<sup>16</sup>.

Hopgood argumenta que la eficacia de aquellas ONG generalistas, como Amnistía Internacional o Human Rights Watch, se ha visto limitada por el modelo institucional de los Derechos Humanos, que según el autor apuntala su filosofía y orienta su defensa. Afirma que “para que el concepto de derechos humanos globales perdure, un nuevo tipo de movimiento más político, transnacional, ágil y adaptable debe surgir, que pueda remplazar el modelo de activismo actual liderado por occidente e impuesto de arriba hacia abajo”<sup>17</sup>.

Enfocarse únicamente en aquellas ONG que promueven un modelo de “Derechos Humanos” es ignorar transformaciones más subversivas logradas por activistas y grupos que, si bien parecen parte del mismo movimiento, impulsan un modelo de “derechos humanos” mucho más creativo y flexible. Como lo han sugerido varios autores, los activistas alrededor del mundo han “coloquializado” los derechos humanos al volverlos reconocibles y útiles en las luchas locales<sup>18</sup>. En las márgenes, los grupos basados en identidad e intereses han animado los derechos humanos –en el sentido popular-democrático, y en minúsculas, del término– de manera particularmente poderosa. Al hacer valer el lenguaje de los derechos humanos para sus necesidades y deseos singulares, estos grupos interactúan colectivamente con las promesas de esos derechos de maneras novedosas, y por lo tanto visibilizan reclamaciones que podrían parecer radicales a quienes se encuentran dentro de la tradición de los Derechos Humanos.

Adicionalmente, la frontera entre los Derechos Humanos y los derechos humanos es bastante porosa. Las organizaciones generalistas de Derechos Humanos han desarrollado programas innovadores sobre los derechos indígenas, el derecho a la salud y los derechos humanos, y los derechos comerciales y los derechos humanos, al igual que los movimientos sociales comunitarios han adoptado tácticas altamente formalistas para llevar reclamaciones sin precedentes ante los tribunales judiciales y los organismos intergubernamentales. Para los activistas LGBT, la pregunta que amerita especial atención en este momento particular es qué puede pasar cuando los árbitros institucionales de los Derechos Humanos adopten formalmente los derechos humanos LGBT y se propongan promover esos derechos a nivel mundial. Cuando las ONG generalistas, los gobiernos y los organismos intergubernamentales adopten la bandera de los derechos humanos LGBT, los activistas LGBT se convertirán en tan solo una de las muchas voces que hacen parte de una conversación mucho más amplia que busca definir qué implican esos derechos y qué quiere decir promoverlos y defenderlos. Cuando esto ocurra, los movimientos en pro de los derechos humanos LGBT corren un riesgo muy real de ser cooptados y transformados en movimientos en pro de los Derechos Humanos LGBT.

¿Qué puede significar esto para el activismo transnacional LGBT? Renunciar al discurso de los derechos humanos no es viable ni deseable; los temas LGBT se entienden cada vez más a través de ese marco, y pocos de quienes critican el volcamiento hacia los derechos humanos dirían que las personas LGBT no tienen esos derechos en igualdad de condiciones con los demás. A medida que continúa la ascendencia de los derechos humanos LGBT, es importante considerar lo que los activistas LGBT han conceptualizado y promovido como derechos humanos LGBT hasta ahora. Con esta historia en mente, es posible contemplar cómo el hecho de que organismos gubernamentales e intergubernamentales adopten los derechos humanos LGBT podría reproducir las limitaciones de la defensa convencional de los Derechos Humanos LGBT, y evaluar críticamente cómo los activistas LGBT podrían intervenir para, por el contrario, movilizar a nuevos aliados hacia posibilidades más radicalmente transformadoras.

## **II. Llevar los derechos humanos hacia lo *queer***

En la defensa transnacional, el lenguaje de los derechos humanos se ha convertido de cierto modo en un marco hegemónico para impulsar un rango de reclamaciones relacionadas con la libertad personal, el reconocimiento por parte de actores estatales, el acceso a bienes y servicios, el trato igualitario y la dignidad humana. Este no siempre fue el caso. Como ha argumentado persuasivamente Samuel Moyn, la centralidad de los derechos humanos para la creación de reclamaciones es un fenómeno más reciente que la adopción de la Declaración Universal de Derechos Humanos por parte de la ONU en 1948, e incluso que el Año Internacional de los Derechos Humanos, en 1968<sup>19</sup>. El concepto de derechos humanos tenía algo de peso en el momento de la Declaración Universal de Derechos Humanos –y, por supuesto, también lo tenían las teorías anteriores sobre derechos, ciudadanía y dignidad– pero no fue sino hasta la década de 1970 que los derechos humanos empezaron a adoptarse ampliamente como una herramienta discursiva y política para hacer valer reclamaciones individuales ante el estado<sup>20</sup>.

A nivel mundial, muchos grupos LGBT, muy temprano en su existencia, sacaron provecho de los marcos de derechos humanos, en parte porque otras caracterizaciones de sus reclamaciones –por ejemplo, como cuestiones de tradición, derechos civiles, o liberación en sus contextos domésticos– eran poco prometedoras o se encontraban expresamente cerradas. Esta estrategia se evidencia en las apelaciones adoptadas por varias ONG nacionales a nivel mundial que trabajan extensamente en temas LGBT, por ejemplo la Human Rights Campaign (HRC) en Estados Unidos o el Centre for Popular Education and Human Rights (CEPEHRG) en Ghana<sup>21</sup>. El término “derechos humanos” eufemísticamente evitaba cualquier mención de movilización “homosexual”, “gay”, o “lesbiana” en contextos en los que la identificación visible y las reuniones bajo estas banderas probablemente generarían reacciones en contra. Pero, lo que resulta aún más poderoso es que también evocaba un marco legal

que sonaba oficial y que obtenía una legitimidad moral y un poder considerables de parte del movimiento antiapartheid en Suráfrica y en otras luchas globales en las décadas de 1970 y 1980. La fachada de los derechos humanos a veces podía facilitar el registro, la credibilidad, las redes de trabajo y la influencia de organizaciones mayormente voluntarias que buscaban la libertad de organizarse, tanto nacional como transnacionalmente.

Sin embargo, el trabajo de archivo y el trabajo etnográfico evidencian que si bien los activistas LGBT han adoptado con frecuencia la retórica de los derechos humanos, no han limitado su defensa a interpretaciones legalistas o técnicas de los derechos consagrados en acuerdos mundiales. La adopción de una comprensión más expansiva sobre los derechos humanos en el contexto de los derechos sexuales es entendible. Los textos de la Declaración Universal de Derechos Humanos, del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, y del Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, entre otros acuerdos, no prohíben expresamente la discriminación con base en la orientación sexual y la identidad y expresión de género. Los activistas han tenido que trabajar tiempo extra para conseguir aclaraciones por parte de los organismos que monitorean los tratados, los grupos de trabajo y los Relatores Especiales en las que se afirme que la discriminación con base en la orientación sexual e identidad de género es impermisible bajo el derecho internacional. Para establecer este precedente, los activistas LGBT han insistido en que las personas LGBT tienen derecho a gozar de la gama completa de los derechos humanos en virtud de su humanidad, apelando a la universalidad de los derechos humanos en lugar de a comprensiones legalistas o técnicas de garantías particulares.

Para ejercer demandas dentro de un marco de derechos humanos, los activistas LGBT se han involucrado de manera simultánea en procesos que podríamos llamar de traducción, especificación y expansión. En la traducción, los activistas replantean las necesidades de la población LGBT en el discurso de los derechos humanos legalmente accionables, un lenguaje que los legisladores a nivel nacional y supranacional idealmente toman en serio. En la especificación, los activistas buscan incluir más abiertamente a las poblaciones LGBT en las garantías de los derechos humanos. Cuando una correlación directa con derechos existentes resulta difícil o poco convincente, los activistas son más propensos a demandar cambios transformativos al marco de los derechos humanos en sí. En la expansión, los activistas insisten en que cuestiones que quizás no se reconocen dentro del marco tradicional de los derechos humanos en efecto constituyen preocupaciones que dicho marco debería empezar a reconocer y alojar. Los tres procesos han permitido a los activistas LGBT, con el paso del tiempo, situar sus reclamaciones de manera más cómoda dentro del marco de los derechos humanos.

Las demandas de derechos LGBT a menudo combinan estos tipos ideales, pero resulta útil considerar la traducción, especificación y expansión individualmente



para entender sus posibilidades y limitaciones como estrategias para codificar los derechos LGBT como derechos humanos. Un ejemplo que se asemeja mucho a la traducción es la caracterización de las reclamaciones de autonomía sexual en el lenguaje del derecho a la privacidad. Hoy en día, se entiende que el derecho a la privacidad protege al menos cierta actividad sexual entre adultos que dan su consentimiento, por lo menos mientras que la actividad se desarrolle en una esfera que el estado reconozca como “privada”<sup>22</sup>. Pero esta comprensión sobre el derecho a la privacidad no siempre fue autoevidente, y es en cambio el producto de disputas deliberadas por parte de los defensores de los derechos sexuales. Alrededor del mundo, las prohibiciones de la anticoncepción, el aborto, el adulterio y los encuentros con el mismo sexo a menudo se han consagrado en las leyes penales nacionales, y se han considerado cuestiones que deben ser abordadas por la policía y procesadas por el estado. En los Estados Unidos, los defensores que desafían estas leyes incitaron a la Corte Suprema a reconocer un “derecho a la privacidad” implícito en la Constitución que protege el acceso a la anticoncepción, al aborto y también a la actividad con personas del mismo sexo entre adultos que dan su consentimiento<sup>23</sup>. En foros transnacionales, también, el derecho a la privacidad ha sido disputado y dinámico. El Tribunal Europeo de Derechos Humanos se ha negado a establecer que el derecho a la privacidad garantiza el acceso al aborto<sup>24</sup>, por ejemplo, pero organismos regionales e internacionales de derechos humanos han interpretado que el derecho a la privacidad protege las actividades en privado entre adultos del mismo sexo que dan su consentimiento<sup>25</sup>. Si bien el derecho a la privacidad continúa siendo un marco debatido con limitaciones visibles, la noción del derecho a la privacidad ha sido una herramienta poderosa para los defensores que buscan trasladar la autonomía sexual y la intimidad del reino de lo penal al reino de los derechos, y los activistas que defienden los derechos sexuales han desempeñado un papel clave a la hora de traducir las reclamaciones para hacer esto posible<sup>26</sup>.

La traducción también ha animado esfuerzos por garantizar que las personas LGBT estén protegidas de la discriminación bajo el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales y otros tratados de derechos humanos. En ocasiones, los activistas han argumentado que, si bien la orientación sexual y la identidad de género no aparecen expresamente en los tratados de derechos humanos, las provisiones textuales existentes de estos tratados no obstante prohíben la discriminación con base en la orientación sexual y la identidad de género. Los argumentos que siguen esta línea han resultado fructíferos. En *Toonen vs. Australia*, por ejemplo, el Comité de Derechos Humanos de la ONU determinó que se debe interpretar que el término “sexo” en el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos abarca la “orientación sexual”<sup>27</sup>. En el sistema europeo, una interpretación similar del término “sexo” ha servido para cubrir la identidad y la expresión de género<sup>28</sup>. También se ha interpretado que las

prohibiciones abiertas a la discriminación incluyen la orientación sexual y la identidad de género; en el Comentario General 20, por ejemplo, el Comité de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de la ONU concluyó que debía entenderse que el término “otro estatus” del Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales incluye tanto la orientación sexual como la identidad de género<sup>29</sup>.

A medida que el reconocimiento de los derechos humanos LGBT crece, los activistas también han buscado ejercer especificación, y han buscado incluir la orientación sexual y la identidad de género de manera más explícita como motivos prohibidos para la discriminación. En lugar de reinterpretar leyes existentes, estos esfuerzos buscan diseñar un lenguaje y unas garantías que reconozcan expresamente a las personas LGBT<sup>30</sup>. Tanto en el derecho nacional como transnacional, las prohibiciones a la discriminación por lo general se expresan en categorías que, por razones históricas, filosóficas y políticas, se han declarado como fundamentos presuntamente inapropiados para el trato adverso. Al buscar prohibiciones en contra de la discriminación basada en la orientación sexual e identidad de género, los activistas buscan un reconocimiento más afirmativo y explícito de las vidas LGBT en el tejido textual de las garantías internacionales de derechos humanos<sup>31</sup>. Estos esfuerzos nombran y codifican estas categorías como dimensiones del ser que todas las personas –incluyendo las personas heterosexuales y cisgénero– poseen en virtud de su humanidad<sup>32</sup>.

Cuando un análogo directo con los derechos existentes resulta difícil o poco convincente, los activistas son más propensos a evitar la traducción o especificación y en su lugar demandan cambios transformadores al marco de derechos humanos en sí. Al hacer esto, expanden los límites convencionales de los derechos humanos para garantizar que son lo suficientemente capaces de abordar las violaciones que las personas LGBT enfrentan de manera desproporcionada. En otras obras he escrito sobre varias reclamaciones que contienen al menos ciertos elementos expansionistas<sup>33</sup>. Una comprensión tradicional sobre los “derechos” –como algo que un individuo puede reclamar al estado– obviamente no equiparía a los activistas para abordar cuestiones como la marginalización por parte de comunidades religiosas, miembros de la familia y otros actores no estatales; las tasas dispares de problemas de salud mental y física; y las preocupantes altas incidencias de delitos como extorsión, asalto o violación. Al igual que otras formas de defensa de los derechos sexuales, en especial la de los derechos de las mujeres, las campañas contra este tipo de violaciones no solo se basan en el marco de los derechos humanos, sino que además demandan que se tengan en cuenta las necesidades percibidas de las poblaciones marginalizadas y se responsabilice a un conjunto más amplio de actores por las violaciones e indignidades.

En estos procesos de traducción, especificación y expansión, los activistas de derechos humanos LGBT han adoptado posturas que en ocasiones las ONG

generalistas de derechos humanos, los gobiernos y los organismos intergubernamentales, se han mostrado reacios a adoptar. Los actores establecidos pueden temer que estas movidas estratégicas diluyan el corpus definido de derechos humanos, o debiliten su poder normativo al convertirlo en el blanco de críticas y burlas. Sin embargo, para quienes buscan principalmente ingresar al sistema, estas tácticas pueden resultar ser mecanismos fructíferos para legitimar y satisfacer los objetivos de un movimiento.

Sin embargo, a medida que cada vez más actores en la esfera de los derechos humanos aceptan los derechos LGBT como derechos humanos, es muy probable que los activistas LGBT enfrenten desafíos únicos que surjan del reconocimiento institucional de sus reclamaciones. En particular, existe el riesgo de que se obstaculice la capacidad de los activistas de trabajar por fuera del reino de las comprensiones tradicionales, y que pierdan la flexibilidad de la que habían gozado previamente en virtud de su ingreso a la sala de poder. Si bien las críticas convencionales a los derechos humanos resultan educativas, las consideraciones singulares de la defensa de los derechos LGBT dan paso a temas específicos que ameritan ser explorados a medida que cambia el paisaje.

### **III. Los derechos humanos LGBT de cara a los Derechos Humanos LGBT**

El reconocimiento de que los derechos LGBT son derechos humanos puede ser enormemente poderoso, y no solo como mecanismo para garantizar derechos justiciables, sino como reconocimiento significativo de ciudadanía y humanidad compartida<sup>34</sup>. A medida que los partidos autoritarios de derecha obtienen poder en muchas partes del mundo, los activistas corren el peligro de que gobiernos que antes simpatizaban con ellos reviertan el curso de sus compromisos y minimicen o rechacen los derechos LGBT y las protecciones tangibles que esos derechos han producido, o eleven voces que se han opuesto consistentemente a los derechos sexuales en las Naciones Unidas y otras esferas. Sin disminuir los beneficios muy reales del reconocimiento institucional, en particular en un momento político en el que los derechos de expresión, asociación, asamblea y autonomía corporal se ven amenazados, tres posibles peligros ameritan mayor consideración a medida que los derechos humanos LGBT se calcifican en Derechos Humanos LGBT. Este tipo de pensamiento puede informar un compromiso más crítico y productivo que reconozca que los derechos humanos no definen ni agotan las reclamaciones del activismo LGBT transnacional, quizás en particular cuando los derechos LGBT son asumidos por actores que reconocen su validez pero los usan o cooptan de maneras particularmente objetables. Empiezo con el énfasis en la legalidad, universalidad e indivisibilidad que los críticos han identificado dentro del marco de derechos humanos en general, considero cómo este énfasis podría plantear problemas particulares para los movimientos LGBT.

Quizás la característica más intratable del discurso de los derechos humanos es su legalidad inherente. Como se discutió anteriormente, esto toma muchas formas; una preocupación principal por el aparato estatal, y un énfasis en los derechos justiciables que tienen los individuos, como solución a cualquier cantidad de posibles problemas.

Para los movimientos LGBT en particular, un peligro principal con este modelo es que las reclamaciones complejas sobre la autonomía, la identidad, los actos y las relaciones sexuales serán confinadas a los términos legalistas y técnicos del discurso de los derechos humanos, y las reclamaciones que no encajen dentro de estos límites se descartarán. Los costos de esta supresión son potencialmente enormes. En el contexto de la defensa LGBT, la liberación sexual, la biología, la epidemiología, los derechos civiles y las tradiciones religiosas y nacionales han ofrecido marcos tácticos alternativos para los activistas en foros nacionales y transnacionales<sup>35</sup>.

En efecto, desde una perspectiva histórica, muchas de las demandas más exitosas que los activistas LGBT han presentado transnacionalmente no solo son reconocibles dentro del marco tradicional de los derechos humanos. Por ejemplo, la campaña para despatologizar la homosexualidad –entre los esfuerzos globales más tempranos de los defensores LGBT– no dependió de los marcos de derechos humanos, sino que partió de conocimientos y debates médicos y psiquiátricos sobre las tecnologías de control social. Lo mismo aplica para la defensa en términos de VIH/sida, que productivamente adoptó marcos de derechos humanos pero también fundamentó sus demandas en otros registros<sup>36</sup>. La petición de tomar en serio el VIH/sida, y de responder de acuerdo con esto, no solo ha sido articulada en el lenguaje de la ley sino en el de la salud pública, el desarrollo y el humanitarismo, con reclamaciones por derechos que coexisten con demandas igualmente urgentes de visibilidad, asignación de recursos y acción política.

Resulta tentador ver la multitud de estrategias empleadas en la defensa LGBT transnacional como un sustituto menos atractivo para los tipos de demandas que se podrían impulsar bajo la bandera de la ciudadanía plena e igualitaria; a menudo las apelaciones a discursos de epidemiología o compasión se desplegaron con mayor fuerza cuando los activistas LGBT se encontraban por fuera de la sala de poder. Pero tratar este tipo de estrategias como reliquias históricas sería un error. Los activistas LGBT han seguido firmemente realizando investigaciones y persiguiendo los elementos de su agenda con base en las necesidades urgentes y sentidas de las personas *queer*, que no necesariamente colindan con los marcos de derechos humanos.

El reciente estudio de OutRight Action International, que tomó varios años, sobre la violencia en contra de personas LBT en Asia –a menudo a manos de actores no estatales– es un ejemplo poderoso de esta línea de trabajo<sup>37</sup>. En el pasado,

estudios similares se han enfocado en temas como los fundamentalismos religiosos en Latinoamérica y el Caribe, o en el chantaje y la extorsión en África subsahariana, temas que, en un marco tradicional de derechos humanos, pueden ser difíciles de reconocer y abordar<sup>38</sup>. El tema de los fundamentalismos religiosos es difícil de abordar empleando un lente tradicional de derechos humanos, por ejemplo, porque las violaciones a menudo son realizadas, al menos en parte, por actores no estatales, lo que hace que las nociones tradicionales de culpabilidad y responsabilidad se dificulten. El tema del chantaje y la extorsión también puede encajar de manera incómoda dentro de un marco de derechos humanos, en parte porque estos delitos a menudo se consideran actos penales, y están abordados por los códigos penales y la legislación nacional en la mayoría de los países<sup>39</sup>. Si bien la culpabilidad del estado puede ser evidente cuando no se aborda el chantaje ni la extorsión, o cuando las leyes que los prohíben se aplican selectivamente, los delitos en sí no son inherentemente violaciones a los derechos humanos más de lo que podrían serlo el hurto, el fraude postal o los incendios provocados. Lo que difiere es que los activistas entienden el chantaje y la extorsión –al igual que las llamadas “violaciones correctivas”– como algo profundamente empapado de homofobia y transfobia, que se emplea como herramienta de control social y resulta altamente amenazante para la seguridad de las comunidades *queer*. Incluso a medida que los derechos LGBT ganan tracción, OutRight ha empezado a monitorear la homofobia y la transfobia en los medios de comunicación del caribe, los intentos por abordar el costo económico de la exclusión y las capacitaciones de planeación de seguridad, además de sus formas de defensa de los derechos humanos más tradicionales<sup>40</sup>.

Otros temas urgentes planteados por los activistas LGBT alrededor del mundo resultan igualmente difíciles de abordar plenamente a través del lente de los derechos humanos. ¿Puede el marco de los derechos humanos articular plenamente el daño de quedar por fuera de los esfuerzos investigativos y de recolección de datos? ¿O señalar todo lo que está ética o médicamente mal con la llamada “terapia de conversión” –un intento pseudocientífico por convertir a las personas LGBT en heterosexuales o cisgénero– o con la patologización de las identidades trans por parte de los organismos de psiquiatría, o con las cirugías de normalización en bebés intersexuales? ¿O abordar significativamente la falta de oportunidades económicas o resultados dispares en el mercado laboral para los trabajadores LGBT? En este orden de ideas, ¿qué pueden ofrecer en este momento los derechos humanos en términos de la solicitud de reconocimiento de la pareja, que ha conseguido importantes avances con algunos organismos de derechos humanos pero ha sido tratada con escepticismo por otros? Los activistas LGBT continúan reconociendo que estos temas son evidentemente importantes y demandan atención urgente, aun cuando no se pueden reducir a cuestiones de derechos accionables que los individuos puedan ejercer contra el estado.

Por lo tanto, el énfasis en la legalidad inherente a los derechos humanos tiene efectos potencialmente significativos intra-movimiento, pero también es importante señalar los posibles peligros de la solidaridad inter-movimiento. A la vez que algunas reclamaciones se legitiman como derechos humanos, otras son marginadas por la política de respetabilidad y por las nuevas distinciones entre los titulares de derechos merecedores y no merecedores. La ascendencia de los derechos humanos LGBT no ha producido necesariamente nuevos compromisos con los derechos sexuales por parte de los gobiernos y organismos intergubernamentales, y muchas de estas reclamaciones siguen siendo peligrosamente precarias e incluso parecen estar retrocediendo<sup>41</sup>.

Un ejemplo son los derechos reproductivos, en particular el derecho al aborto. Estos derechos se encuentran bajo asedio tanto en foros nacionales como internacionales, incluyendo aquellos en los que los derechos LGBT se están adoptando con entusiasmo<sup>42</sup>. En contextos como los de Irlanda, Malta y gran parte de Latinoamérica, por ejemplo, los derechos LGBT han ascendido rápidamente, mientras que los derechos reproductivos se han estancado. Si las apelaciones a la autonomía, igualdad y dignidad que los activistas LGBT presentan dentro de un marco de derechos humanos tienen el mismo poder para los legisladores en términos del derecho al aborto es una pregunta que todavía sigue abierta y debatida.

Un segundo ejemplo es el trabajo sexual. Muchos de los gobiernos que han pregonado los derechos humanos LGBT en su política exterior también han sido los menos colaboradores cuando se trata de los derechos de los trabajadores sexuales. Suecia llegó a los titulares mundiales cuando amenazó con retirar su ayuda a Uganda durante el debate por la Ley Anti-homosexualidad de Uganda, pero simultáneamente ha promovido un modelo de supervisión al trabajo sexual que ha sido condenando rotundamente por los trabajadores sexuales y por sus defensores<sup>43</sup>. Así mismo, el nuevo interés de Estados Unidos en los derechos humanos LGBT bajo el gobierno de Obama no necesariamente se vio igualado por iniciativas para garantizar los derechos de los trabajadores sexuales; fue necesario un fallo de la Corte Suprema para eliminar el Pacto Anti-Prostitución, que no permitía a quienes recibían asistencia patrocinar o apoyar el trabajo sexual, y la política anti-tráfico de Estados Unidos continúa combinando el trabajo sexual con la trata de personas<sup>44</sup>.

Estas disyuntivas hacen que sea posible, por no decir probable, que muchos nuevos proponentes de los derechos humanos LGBT adopten la política de asimilación y respetabilidad de forma tal que algunos segmentos del espectro LGBT verán sus derechos vindicados mientras que otros –por ejemplo los trabajadores sexuales *queer*– no. En la medida en que estas divisiones estructuran las corrientes de financiación, la creación de políticas y el acceso a foros públicos, pueden tener efectos restrictivos importantes incluso cuando muchos activistas LGBT mantienen un compromiso amplio e incluyente con los

derechos sexuales. Además de sus efectos sobre la manera en la que se construyen y entienden los derechos, estas divisiones amenazan con quebrantar alianzas históricas dentro de los movimientos de derechos sexuales, ofreciendo credibilidad a algunos activistas LGBT junto con una silla en la mesa a expensas de la solidaridad con otros grupos sexualmente marginalizados y de la insistencia mutua en sus derechos.

Una segunda preocupación es que los derechos humanos LGBT se definan rígidamente y se insista en ellos a medida que aspiran a la universalidad y, como resultado, se sacrifique la tolerancia táctica hacia diferentes objetivos y metas políticas que informan la defensa LGBT transnacional. La utilidad de un marco universal –que ya se sospecha en la literatura de derechos humanos– es quizás particularmente dudosa en términos de la defensa LGBT, que depende mucho del contexto social y legal. Las identidades y reclamaciones LGBT se han caracterizado hace mucho tiempo como importaciones occidentales con resonancia limitada en otros conceptos, y presentar la aceptación de las personas *queer* como una cuestión de derechos humanos –un marco que en sí se considera culturalmente específico– puede funcionar en la práctica para socavar los esfuerzos por fundamentar la aceptación de las personas *queer* en las historias y tradiciones autóctonas.

Los enfoques convencionales de derechos humanos hacen un gran énfasis en la codificación, de manera literal, por supuesto: en el desarrollo de declaraciones, resoluciones y tratados que actúen como estrellas polares para la defensa, pero también más abstractamente en la fijación de temas como derechos o no derechos. Debido a las aspiraciones universalistas del proyecto de los derechos humanos, puede resultar incómodo reconocer de manera pública que es posible que no sea práctico ni productivo defender un derecho humano en ciertos contextos, aun cuando sí lo sea en otros. Si bien esto siempre ha sido verdad en cierta medida, la absorción de los derechos LGBT en proyectos putativamente internacionales como la ONU, hace que sea cada vez más difícil mantener la heterogeneidad como cuestión de principio y como cuestión de estrategia. Esta posibilidad se hace evidente en el despliegue de enviados del norte global, pero también en las políticas exteriores de los estados que promueven los derechos humanos LGBT en otros países. Al enfrentarse a la presión de constituyentes que consideran los derechos humanos LGBT como indivisibles e inexpugnables, y de activistas alrededor del mundo que tienen sus propios objetivos y prioridades estratégicas, es dudoso que los gobiernos del norte global se adhieran a estos últimos.

La universalidad de los derechos humanos LGBT puede tener mayor efecto entre los mismos activistas LGBT, quienes pueden sentirse presionados a asumir posturas filosóficamente consistentes siempre sin importar las realidades políticas que los activistas locales enfrenten en la práctica. La necesidad de rigidez ideológica sería perjudicial para la complejidad y el ingenio que ha

caracterizado a muchas de las campañas de derechos LGBT<sup>45</sup>. Los activistas transnacionales LGBT siempre han reconocido que, sin importar sus propias creencias y principios, la eficacia de ciertas demandas depende mucho del contexto, y existen razones estratégicas para no insistir en ciertas reclamaciones de derechos en ciertos contextos.

El derecho al matrimonio entre personas del mismo sexo es un ejemplo. Es posible empezar a percibir una demanda de consistencia ideológica tras el fallo de la Corte Suprema en *Obergefell vs. Hodges*, que reverberó alrededor del mundo a medida que políticos, medios de comunicación y activistas anti-LGBT desafiaron abiertamente a los activistas LGBT de otros países para que aclararan si creían que el acceso al matrimonio entre personas del mismo sexo era un derecho<sup>46</sup>. Conscientes del hecho de que hacer campaña agresivamente a favor del matrimonio entre personas del mismo sexo resultaría contraproducente e incluso peligroso para sus aliados en varios contextos, la mayoría de los grupos transnacionales han celebrado el reconocimiento de la pareja cuando este se ha dado, pero no han insistido agresivamente en el matrimonio entre personas del mismo sexo como un derecho humano en todos los contextos<sup>47</sup>. Incluso si se asume que la capacidad de contraer matrimonio es un derecho deseable –lo que ya constituye una pregunta abierta, tanto social como legalmente, en muchos países– los defensores están muy conscientes de que, por el momento, la aprobación legal del matrimonio entre personas del mismo sexo no es viable ni política ni jurídicamente en muchos contextos a nivel mundial.

Y el reconocimiento de la pareja no es necesariamente un caso atípico en este sentido. La despenalización, que muchas personas ven como uno de los indicios más fundamentales de la protección de los derechos LGBT, no es un objetivo político universal en todos los contextos en los que aún existen leyes penales al respecto. Los activistas han priorizado en muchos contextos las leyes de antidiscriminación que regulan la vida pública en lugar de enfocarse en las provisiones que penalizan la intimidación entre personas del mismo sexo pero que quizás son más difíciles de hacer cumplir<sup>48</sup>. Bien sea que la despenalización esté o no motivada por un marco de derechos humanos, esto no es relevante; en cierto contexto, esa demanda puede resultar inefectiva o incluso contraproducente<sup>49</sup>.

Un ejemplo relacionado que he discutido en otros lugares es qué debe implicar un enfoque de derechos humanos ante los crímenes de odio<sup>50</sup>. La respuesta a esta pregunta es profundamente contextual, y está moldeada no solo por las comprensiones de libertad de expresión y conceptos legales como acoso e intimidación, sino también por historias políticas locales, los propósitos y condiciones del encarcelamiento, y las tasas de violencia que experimentan las personas *queer*. ¿Qué implica avalar la legislación de crímenes de odio en Estados Unidos, donde la policía racista y clasista, las leyes draconianas de sentencia y un sistema penal desbaratado convergen para hacer que las mejoras



a los crímenes de odio sean posibles violaciones a los derechos humanos en sí mismas? ¿Quiere decir lo mismo en un contexto como Suráfrica, donde los grupos comunitarios han impulsado agresivamente la legislación de crímenes de odio con la esperanza de que haya cierta rendición de cuentas por las tasas infamemente altas de violencia basada en género y en sexualidad? En caso de que estos contextos demanden enfoques diferentes, ¿el uso de un lente universalista de derechos humanos ayudaría o perjudicaría las respuestas matizadas de los activistas?

Estas son preguntas que dependen del contexto en la defensa LGBT transnacional, y el hecho de que dependen del contexto es la regla, no la excepción. Es posible enmarcar cuestiones políticamente difíciles como igualar las edades de consentimiento, promover la educación sexual incluyente de los derechos LGBT, o aprobar el matrimonio entre personas del mismo sexo como cuestiones de derechos humanos universales, pero esto no quiere decir necesariamente que sea políticamente conveniente hacerlo. Muchos activistas LGBT transnacionales han reconocido la distinción por décadas, y han desarrollado una aguda sensibilidad al contexto, pero todavía está por verse si este será el caso a medida que los derechos humanos LGBT son asumidos por nuevos y poderosos actores.

Una tercera preocupación es el énfasis en la indivisibilidad que se encuentra latente en la última mitad de la máxima de que los derechos LGBT son derechos humanos, y que los derechos humanos son derechos LGBT. El marco más amplio de derechos humanos incluye varios derechos impulsados por diferentes movimientos, y muchos de los derechos avalados por organismos nacionales y transnacionales no son necesariamente reclamaciones que los activistas LGBT apoyarían públicamente, o deberían hacerlo. En un sistema que enfatiza la indivisibilidad de los derechos, los activistas que tratan las incursiones en la ONU como vindicación autoritaria, no solo legitiman los derechos LGBT, sino que además legitiman implícitamente todo un rango de derechos que se codifican y promueven constantemente, por no nombrar el aparato no democrático y altamente ecléctico de gobernanza global mediante el cual ocurren esos procesos. Ceder autoridad a organismos intergubernamentales para definir qué es y qué no es un derecho, o tratar sus pronunciamientos como definitivos, en algunas ocasiones puede ser lamentable para activistas LGBT que tienen un compromiso general con la justicia social. La ONU está empezando a adoptar los derechos LGBT, pero también tiene la función de autorizar y legitimar la acción militar alrededor del mundo, facilitar los derechos de propiedad y el capitalismo mundial, y permitir a los gobiernos labrar proposiciones y excepciones a sus compromisos de derechos humanos.

Es posible señalar varios desarrollos de la ONU y de otros organismos que los activistas LGBT podrían encontrar objetables; por ejemplo, el reconocimiento de la importancia de los valores “tradicionales” por parte del Consejo de Derechos

Humanos de la ONU<sup>51</sup>. Pero incluso si no hay desacuerdos manifiestos, puede haber obstáculos inherentes a comprometerse con un marco de derechos humanos en el cual los derechos LGBT deben coexistir con otras reclamaciones políticas. Consideremos, por ejemplo, cómo los derechos LGBT se han intercambiado como ficha de negociación en los acuerdos sobre garantías a los derechos humanos<sup>52</sup>. Y, cuando los derechos LGBT son reconocidos por organismos intergubernamentales, las tensiones entre los diferentes derechos son inevitables e insuficientemente estudiados por los académicos que defienden los derechos LGBT. ¿Qué quiere decir reclamar el derecho de las personas *queer* a reunirse o a hablar en un marco de derechos humanos que también permite el derecho a limitar cuando el discurso sexual puede ser escuchado por niños? ¿Qué quiere decir celebrar resoluciones que afirman los derechos LGBT como orientación autoritaria cuando son seguidos rápidamente por resoluciones que afirman los derechos tradicionales en el contexto de los derechos humanos? Y, para propósitos de la pregunta más amplia que nos ocupa, ¿el ingreso al marco de los derechos humanos alivia estas preocupaciones al darles a los activistas una silla en la mesa, o casa a los activistas LGBT con un marco que considera sus derechos como un subconjunto entre muchos? Más realísticamente, si significa estas dos cosas al tiempo, ¿qué enfoques permiten a los activistas LGBT insistir en la legitimidad de los derechos humanos conseguidos con esfuerzo a la vez que mantienen distancia de desarrollos reaccionarios en el campo? Ninguna de estas preguntas tiene respuestas fáciles, pero colectivamente subrayan la difícil verdad de que legitimar los derechos LGBT como derechos humanos en foros particulares a menudo implica legitimar los foros y sus demás acciones también.

#### **IV. Conclusión**

La transición de los derechos humanos LGBT a los Derechos Humanos LGBT plantea preocupaciones, pero estas no resultan inherentemente fatales para un proyecto progresivo y crítico de derechos humanos LGBT. La fortaleza del movimiento de derechos humanos LGBT es, y podría decirse que siempre ha sido, la extensión de sus reclamaciones de reconocimiento, acceso, igualdad y dignidad; su disposición a mirar más allá del estado y sus leyes hacia las violaciones que las personas *queer* sufren de manera más aguda; y sus soluciones audazmente transformativas que proponen crear un mundo en el que las personas son libres de actuar, identificarse y relacionarse entre sí.

Un peligro en la actualidad es la miopía del principio de que los derechos LGBT son derechos humanos y que los derechos humanos son derechos LGBT. La difícil tarea que tenemos es insistir en que esta expresión, incluso si parece cierta, no agota el horizonte de defensa LGBT transnacional; que los problemas LGBT no siempre son derechos humanos, y que los derechos humanos no definen lo que una agenda LGBT verdaderamente transformadora demanda. Otros movimientos han entendido la importancia de esa crucial distinción. Consideremos, por ejemplo, el espacio de otros enfoques y demandas en los marcos de “la salud y

los derechos reproductivos” y la “justicia racial”, que estructuran los movimientos para que atiendan los derechos pero también para que miren más allá de ellos. Aún está por verse si un espacio similar se preservará a medida que los derechos humanos LGBT se asuman como Derechos Humanos.

## Notas

<sup>1</sup> El autor agradece a Michael Bosia, Ryan Heman, Rachel Korberg, Anthony Langlois, Brenna Munro, Gema Pilar Pérez Sánchez, y dos revisores anónimos por su atenta retroalimentación sobre los argumentos de este ensayo. Cualquier error que aún permanezca, es mío.

<sup>2</sup> Secretario General de las Naciones Unidas, “Confront Prejudice, Speak Out against Violence, Secretary-General Says at Event on Ending Sanctions Based on Sexual Orientation, Gender Identity,” 10 de diciembre de 2010, <http://www.un.org/press/en/2010/sgsm13311.doc.htm>.

<sup>3</sup> Human Rights Watch, “UN Human Rights Council: A Stunning Development Against Violence”, 22 de marzo de 2011, <http://www.hrw.org/news/2011/03/22/un-human-rights-council-stunning-development-against-violence>.

<sup>4</sup> Consejo de Derechos Humanos de la ONU, “Human Rights, Sexual Orientation and Gender Identity”, UN Doc. A/HRC/17/L.9/Rev.1, 15 de junio de 2011.

<sup>5</sup> Departamento de Estado de los Estados Unidos, “Remarks in Recognition of International Human Rights Day”, 6 de diciembre de 2011, <https://photos.state.gov/libraries/belize/231771/PDFs/Remarks%20in%20Recognition%20of%20International%20Human%20Rights%20Day.pdf>.

<sup>6</sup> Ryan R. Thoreson, *Transnational LGBT Activism: Working for Sexual Rights Worldwide* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2014), 91-121.

<sup>7</sup> Ver, por ejemplo, Neville Hoad, “Between the White Man’s Burden and the White Man’s Disease: Tracking Lesbian and Gay Human Rights in Southern Africa”, *GLQ* 5 (1999): 559-84; Rahul Rao, *Third World Protest: Between Home and the World* (Oxford: Oxford University Press, 2010), 173-95; Cynthia Weber, *Queer International Relations* (Oxford: Oxford University Press, 2016), 104-42; Cai Wilkinson & Anthony J. Langlois, “Special Issue: Not Such an International Human Rights Norm? Local Resistance to Lesbian, Gay, Bisexual, and Transgender Rights—Preliminary Comments”, *Journal of Human Rights* 13 (2014): 249-55, y otros ensayos recogidos en esa edición.

<sup>8</sup> David Kennedy, “The International Human Rights Movement: Part of the Problem?,” *Harvard Human Rights Journal* 15 (2002): 112.

<sup>9</sup> John L. Comaroff & Jean Comaroff, “Law and Disorder in the Postcolony: An Introduction”, en *Law and Disorder in the Postcolony*, ed. Jean Comaroff & John L. Comaroff (Chicago: University of Chicago Press, 2006), 22.

<sup>10</sup> Kennedy, “Part of the Problem?,” 101-25.

<sup>11</sup> Al menos algunas figuras prominentes del movimiento de derechos humanos han instado una distinción entre los derechos humanos y la justicia social. Como escribe uno de ellos: “cada uno es importante por sí mismo, pero son diferentes. Tiene el mismo sentido pedirle a una organización de derechos humanos que se transforme en una organización de justicia social que pedirle que se transforme en una organización ambiental”. Ver Aryeh Neier, “Misunderstanding Our Mission”, *Open Democracy*, 23 de julio de 2013, <http://www.opendemocracy.net/openglobalrights/aryeh-neier/misunderstanding-our-mission>.

<sup>12</sup> Ver, por ejemplo, Abdullahi A. An-Na’im, “Introduction”, en *Cultural Transformation and Human Rights in Africa*, ed. Abdullahi A. An-Na’im (Londres: Zed Books, 2002), 3.

<sup>13</sup> Ver Eric Posner, “The Case Against Human Rights”, *The Guardian*, 4 de diciembre de 2014, <http://www.theguardian.com/news/2014/dec/04/-sp-case-against-human-rights>.

<sup>14</sup> Thoreson, *Transnational LGBT Activism*, 211-27.

<sup>15</sup> Ver, por ejemplo, Mark Goodale & Sally Engle Merry, eds., *The Practice of Human Rights: Tracking Law Between the Global and the Local* (Cambridge: Cambridge University Press, 2007).

---

<sup>16</sup> Stephen Hopgood, "Human Rights: Past Their Sell-By Date", *Open Democracy*, 18 de junio de 2013, <https://www.opendemocracy.net/openglobalrights/stephen-hopgood/human-rights-past-their-sell-by-date>.

<sup>17</sup> Hopgood, "Past Their Sell-By Date."

<sup>18</sup> Sally Engle Merry, "Transnational Human Rights and Local Activism: Mapping the Middle", *American Anthropologist* 108.1 (2006): 38-51; Ryan Richard Thoreson, "Realizing Rights in Manila: Brokers and the Mediation of Sexual Politics in the Philippines", *GLQ* 18.4 (2012): 529-63; Lynette J. Chua, "The Vernacular Mobilization of Human Rights in Myanmar's Sexual Orientation and Gender Identity Movement", *Law and Society Review* 49.2 (2015): 299-332.

<sup>19</sup> Ver Samuel Moyn, *The Last Utopia: Human Rights in History* (Cambridge, MA: Belknap Press, 2010), 1-10.

<sup>20</sup> Moyn, *The Last Utopia*, 1-10.

<sup>21</sup> En Estados Unidos, la Society for Human Rights de Chicago, fundada en 1924, fue un ejemplo temprano de un grupo homófilo que adoptó un marco de derechos humanos. Estos marcos ganaron tracción adicional con la aprobación de la Declaración Universal de Derechos Humanos en 1948. Una colación homófila que trabajaba en Dinamarca, Noruega y Suecia se hizo llamar *Forbundet af 1948*, o "Liga de 1948", invocando referencialmente las garantías de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Ver Leila J. Rupp, "The European Origins of Transnational Organizing: The International Committee for Sexual Equality", en *LGBT Activism and the Making of Europe: A Rainbow Europe?*, ed. Phillip M. Ayoub & David Paternotte (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2014), 32, 40.

<sup>22</sup> Sin embargo, es importante señalar que el derecho a la privacidad también se ha interpretado de manera estrecha para excluir aquella actividad sexual que se considera insuficientemente "privada", y aquella que se interpreta que tiene que ver con la moral pública o con la salud pública. Ver, por ejemplo, *R v. Brown* [1994] 1 A.C. 212, [1992] UKHL 7; *Laskey, Jaggard and Brown v. United Kingdom*, 24 Eur. H.R. Rep. 39 (1997).

<sup>23</sup> Ver, por ejemplo, *Griswold v. Connecticut*, 381 U.S. 479 (1965); *Eisenstadt v. Baird*, 405 U.S. 438 (1972); *Roe v. Wade*, 410 U.S. 113 (1973); y *Lawrence v. Texas*, 539 U.S. 558 (2003).

<sup>24</sup> Ver, por ejemplo, *A, B and C v. Ireland*, No. 25579/05 Eur. Ct. H.R. (2010).

<sup>25</sup> Ver, por ejemplo, *Dudgeon v. United Kingdom*, 45 Eur. Ct. H.R. (ser. A) (1981); *Norris v. Ireland*, 142 Eur. Ct. H.R. (ser. A) (1988); *Modinos v. Cyprus*, 259 Eur. Ct. H.R. (ser. A) (1993); *Toonen v. Australia*, Comm. No. 488/1992, U.N. GAOR Hum. Rts. Comm., 50th Sess., U.N. Doc. CCPR/C/50/D/488/1992 (1994).

<sup>26</sup> Como lo han señalado los críticos *queer* y feministas, el derecho a la privacidad ofrece protección solo a aquellos actos sexuales que se consideran permisibles por parte del estado, y replica el dudoso binario de la esfera pública y la privada, permitiendo al estado ignorar las conductas sexuales indebidas que ocurren en privado mientras que supervisa agresivamente la expresión sexual en público. Ver Saptarshi Mandal, "'Right to Privacy' en *Naz Foundation: A Counter-Heteronormative Critique*", *National University of Juridical Sciences Law Review* 2.3 (2009): 525-40; Celina Romany, "State Responsibility Goes Private: A Feminist Critique of the Public/Private Distinction in International Human Rights Law", en *Human Rights of Women: National and International Perspectives*, ed. Rebecca J. Cook (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1994), 85-115.

<sup>27</sup> *Toonen*, para. 8.7.

<sup>28</sup> Ver Transgender Europe (TGEU), *Know Your Rights: TGEU's Activist's Guide on Trans People's Rights Under EU Law: An Overview of Current EU Law Covering Gender Reassignment, Gender Identity and Gender Expression*, <http://tgeu.org/wp-content/uploads/2015/07/TGEUs-Activists-Guide-on-Trans-Peoples-Rights-under-EU-Law.pdf> (2015).

<sup>29</sup> Comité de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de la ONU, General Comment No. 20: Non-Discrimination in Economic, Social and Cultural Rights, U.N. Doc. E/C.12/GC/20 (2009).

<sup>30</sup> Considérese, por ejemplo, los esfuerzos relativamente recientes por incluir referencias explícitas a la orientación sexual e identidad de género en los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la ONU o en la Declaración de Derechos Humanos del Suroeste Asiático.

<sup>31</sup> Cuando los textos finales no incluyen referencias a la orientación sexual y la identidad de género, los activistas con frecuencia resaltan que las personas LGBT no obstante están cubiertas

---

por las provisiones más generales. Ver Anthony J. Langlois, "Human Rights, 'Orientation,' and ASEAN," *Journal of Human Rights* 13 (2014): 307-21.

<sup>32</sup> Para un análisis crítico de esta estrategia, ver Matthew Waites, "Critique of 'Sexual Orientation' and 'Gender Identity' in Human Rights Discourse: Global Queer Politics beyond the Yogyakarta Principles", *Contemporary Politics* 15.1 (2009): 137-56.

<sup>33</sup> Thoreson, *Transnational LGBT Activism*, 91-121.

<sup>34</sup> Makau Mutua, "Sexual Orientation and Human Rights: Putting Homophobia on Trial", en *African Sexualities: A Reader*, ed. Sylvia Tamale (Oxford: Pambazuka Press, 2011), 452.

<sup>35</sup> Para una descripción amplia de las muchas facetas de la sexualidad, ver Stella Nyanzi, "From Miniscule Biomedical Models to Sexuality's Depths", en *African Sexualities: A Reader*, ed. Sylvia Tamale (Oxford: Pambazuka Press, 2011), 48.

<sup>36</sup> Dennis Altman, *Global Sex* (Chicago: University of Chicago Press, 2001), 68-85, 122-37.

<sup>37</sup> OutRight Action International antes se denominaba International Gay and Lesbian Human Rights Commission (IGLHRC). Ver IGLHRC, *Violence: Through the Lens of Lesbians, Bisexual Women and Trans People in Asia* (Nueva York: IGLHRC, 2014).

<sup>38</sup> Thoreson, *Transnational LGBT Activism*, 112-13.

<sup>39</sup> Ryan Thoreson & Sam Cook eds., *Nowhere to Turn: Blackmail and Extortion of LGBT People in Sub-Saharan Africa* (Nueva York: IGLHRC, 2011).

<sup>40</sup> Jessica Stern, "Protecting Lives," email to OutRight supporters, Jan. 15, 2016; Suzanne Trimel, "United Nations Enlists OutRight in Effort to Measure LGBTI Inclusion Worldwide," <https://www.outrightinternational.org/content/united-nations-enlists-outright-effort-measure-lgbti-inclusion-worldwide>; IGLHRC & United and Strong, *Homophobia and Transphobia in Caribbean Media: A Baseline Study from Belize, Grenada, Guyana, Jamaica and Saint Lucia* (2015); IGLHRC & United and Strong, *Media Training Manual: A Guide for Media in Belize, Grenada, Guyana, Jamaica and Saint Lucia* (2015).

<sup>41</sup> La Coalición de Lesbianas Africanas expresó una reflexiva preocupación sobre este tema cuando se opuso públicamente a la creación de un Relator Especial para la Orientación Sexual e Identidad de Género, argumentando que era mejor crear un Relator Espacial para Género y Sexualidad con un mandato más amplio de trabajar en un mayor rango de problemas de derechos sexuales. Coalition of African Lesbians, "Coalition of African Lesbians Says NO to a Special Rapporteur on Sexual Orientation and Gender Identity," *Sexuality Policy Watch*, May 30, 2016, <http://sxpolitics.org/activists-brief-coalition-of-african-lesbians-says-no-to-a-special-rapporteur-on-sexual-orientation-gender-identity/14809>.

<sup>42</sup> Para información sobre el ritmo desigual de las reclamaciones de derechos LGBT y de derechos reproductivos en la ONU, ver Alice M. Miller & Mindy J. Roseman, "Sexual and Reproductive Rights at the United Nations: Frustration or Fulfilment?", *Reproductive Health Matters* 19.38 (2011): 1-17.

<sup>43</sup> Sebastian Kohn, "Why Amnesty International Must Hold Firm in Its Support for Sex Workers", Open Society Foundations, 28 de julio de 2015, <https://www.opensocietyfoundations.org/voices/why-amnesty-international-must-hold-firm-its-support-sex-workers>.

<sup>44</sup> *Agency for International Development v. Alliance for Open Society International, Inc.*, 133 S. Ct. 2321 (2013).

<sup>45</sup> Como lo ha señalado Sibongile Ndashe, "Se le está pidiendo cada vez más a un creciente y cuidadoso movimiento que sea más asertivo y agresivo a la hora de reclamar derechos. Quienes dicen lo contrario son acusados de conformarse con el estatus quo o de simple cobardía. Es parte de la única historia para proponer una única solución para "África" sin importar los niveles de preparación dentro de los países para realizar ciertas acciones, y negando los contextos específicos de países individuales". Sibongile Ndashe, "The Single Story of 'African Homophobia' is Dangerous for LGBTI Activism", en *Queer African Reader*, ed. Sokari Ekine & Hakima Abbas (Oxford: Pambazuka Press, 2013): 159.

<sup>46</sup> En algunos sentidos, es imposible evitar el efecto dominó que tienen los derechos de un contexto local en un mundo globalizado. Uganda aprobó su enmienda constitucional que prohibía los matrimonios entre personas del mismo sexo cuando tan solo Holanda, Bélgica, España y un solo estado de Estados Unidos lo habían aprobado legalmente. Ya sea que los activistas de un país

---

estén generando agitación o no por objetivos políticos como el matrimonio entre personas del mismo sexo, el espectro de esos objetivos perjudica a los oponentes de los derechos LGBT que buscan ganar popularidad, y reconocer el matrimonio como un derecho humano universal probablemente ampliará esta ansiedad.

<sup>47</sup> Ver, por ejemplo, los Principios de Yogyakarta, que no afirman explícitamente el derecho al matrimonio entre personas del mismo sexo; “The Single Story of ‘African Homophobia’”, 161-62.

<sup>48</sup> Activistas en Pakistán, Bangladesh, y Trinidad y Tobago han expresado su escepticismo frente a la sabiduría táctica de luchar por la despenalización en esos contextos. Ver Sumit Baudh, “Decriminalization of Consensual Same-Sex Sexual Acts in the South Asian Commonwealth: Struggles in Contexts”, en *Human Rights, Sexual Orientation and Gender Identity in the Commonwealth: Struggles for Decriminalisation and Change*, ed. Corinne Lennox & Matthew Waites (Londres: Institute of Commonwealth Studies 2013), 299-301; Joseph Gaskins Jr., “‘Buggery’ and the Commonwealth Caribbean: A Comparative Examination of the Bahamas, Jamaica, and Trinidad and Tobago”, en *Human Rights, Sexual Orientation and Gender Identity in the Commonwealth: Struggles for Decriminalisation and Change*, ed. Corinne Lennox & Matthew Waites (Londres: Institute of Commonwealth Studies 2013), 446.

<sup>49</sup> Cuando no existe la voluntad política para la penalización, las reforman en ocasiones han expandido la penalización a las mujeres al igual que a los hombres, por ejemplo, en Botsuana y Malawi. Ver Monica Tabengwa & Nancy Nicol, “The Development of Sexual Rights and the LGBT Movement in Botswana,” en *Human Rights, Sexual Orientation and Gender Identity in the Commonwealth: Struggles for Decriminalisation and Change*, ed. Corinne Lennox & Matthew Waites (Londres: Institute of Commonwealth Studies 2013), 341-42; Undule Mwakasungula, “The LGBT Situation in Malawi: An Activist Perspective”, en *Human Rights, Sexual Orientation and Gender Identity in the Commonwealth: Struggles for Decriminalisation and Change*, ed. Corinne Lennox & Matthew Waites (Londres: Institute of Commonwealth Studies 2013), 361-62.

<sup>50</sup> Thoreson, *Transnational LGBT Activism*, 1-4.

<sup>51</sup> Ver Matthew Schaaf, “LGBTI People Caught in UN Clash Between Universal Rights and ‘Traditional’ Values”, Freedom House, 8 de julio de 2014, <https://freedomhouse.org/blog/lgbti-people-caught-in-un-clash-between-universal-rights-and-traditional-values#.VcfXdDBViko>.

<sup>52</sup> Las neogicaciones de la Plataforma de Acción de Beijing de 1995 son uno de muchos ejemplos de este tipo de negociaciones. Ver Francoise Girard, “Negotiating Sexual Rights and Sexual Orientation at the UN”, en *SexPolitics: Reports from the Frontlines*, ed. Richard Parker, Rosalind Petchesky, y Robert Sember (Sexuality Policy Watch 2007), 311-58.